



C

reencias y costumbres relativas a la muerte en el departamento de Iglesia, Argentina

Maria Cristina Krause Yornet*

Introducción

El presente trabajo considera las prácticas y creencias relativas a la muerte que todavía mantienen su vigencia en una comunidad de la provincia de San Juan. Comienza con un relato que integra todos los datos descriptivos recopilados en la investigación de campo, y a continuación se realiza un análisis de los mismos, con la finalidad de acceder a una comprensión de la concepción del mundo de esta comunidad, la cual subyace en niveles probablemente inconscientes.

San Juan es una provincia de la República Argentina cuya posición geográfica absoluta es el paralelo de 28° 22' por el norte, por el este el meridiano de 66° 43', por el sur el paralelo de 32° 22', y por el oeste el meridiano de 70° 36'. La ciudad capital de San Juan está ubicada a una distancia de 1.152 km de la Capital Federal y a 505 km de la ciudad de Córdoba. La provincia de San Juan se compone de diecinueve departamentos. El departamento de Iglesia tiene los siguientes puntos extremos: por el norte el paralelo 28° 22', por el este el meridiano de 69° 10', por el sur el paralelo de 30° 40' y por el oeste el meridiano de 70°. La superficie total es de 19.801 km² y la población estimada en el año 1980 es de 365 habitantes, con una densidad de 0.2.

El 90% de la población está asentada sobre un valle de rumbo de amplio desarrollo longitudinal de norte a sur, entre la Cordillera de los Andes y la Precordillera. El asentamiento humano se caracteriza por generar pequeños oasis sobre cada cursito de agua. Estos oasis son: Rodeo, Las Flores, Tudcum, Iglesia, Bella Vista, Angualasto, Malimán y Colangüil. La cabecera del departamento es Rodeo, situada a una distancia de 194 km de la capital de San Juan.

Los datos que vamos a tratar corresponden a la localidad de Bella Vista, cuya distancia de la ciudad de San Juan es de 171 km y del límite con la República de Chile es de 100 km. Se llega a Bella Vista por medio de la Ruta Nacional No. 40 que empalma con la Ruta Provincial No. 436. Esta comunidad rural conserva rasgos culturales del pasado debido a ciertas condiciones de aislamiento. Los avances tecnológicos mínimos como luz eléctrica, agua potable, camino pavimentado, aún no alcanzan los 20 años de antigüedad.

Datos etnográficos

El material etnográfico que exponemos se compiló sobre la base de entrevistas semiestructuradas, mediante el método de observador participante.¹

En Bella Vista se mantienen vigentes tres clases de velatorios: "angelito", "angelorio" y "velorio". El "angelito" es el velatorio de niños hasta una edad de dos a tres años; el "angelorio" es el de los niños hasta una edad aproximada de 15 ó 16 años, es decir los jóvenes que aún no son adultos; y "velorio" es el de los adultos. Estos son los "finados".

La descripción comenzará con el "velorio" y luego se indicarán las diferencias que mantienen con el "angelorio" y el "angelito".

Cuando el enfermo está agonizando se llama a una persona de la comunidad para que "le ayude a bien morir". Esta solicita a los familiares que se reitren de la habitación y se queda a solas con el enfermo. Entonces le repite "las palabras redobladas".² Estas palabras constituyen un secreto que sólo debe ser escuchado por el enfermo agonizante. Se transmite oralmente a algunos de los hijos, cuando se llega a la vejez.³

Las "palabras redobladas" dicen así:

"Amigo, dígame la una.
La una es la una,
la que parió en Belén y murió pura.
Amigo, dígame las dos.
Las dos son las dos,
las dos Tablas de Moisés.
Amigo, dígame las tres.
Las tres son las tres,
las tres Marías.
Amigo, dígame las cuatro.
Las cuatro son las cuatro,
los cuatro Evangelistas.
Amigo, dígame las cinco.
Las cinco son las cinco,
las cinco llagas de Cristo.
Amigo, dígame las seis.
Las seis son las seis,
las seis candelillas.
Amigo, dígame las siete.
Las siete son las siete,

* Profesora asociada de la cátedra Antropología Cultural. Facultad de Filosofía, Humanidades y Artes. Universidad Nacional de San Juan, República Argentina.



las siete que brillan.
 Amigo, dígame las ocho,
 Las ocho son las ocho,
 los ocho gozos.
 Amigo, dígame las nueve,
 las nueve son las nueve,
 los nueve coros.
 Amigo, dígame las diez,
 las diez son las diez,
 los diez Mandamientos.
 Amigo, dígame las once,
 las once son las once,
 las once mil Vírgenes.
 Amigo, dígame las doce,
 las doce son las doce,
 los doce meses del año.
 Amigo, dígame las trece,
 las trece son las trece,
 para que reviente ese".
 ("Ese es el diablo")

Luego "llama a los hijos para que le pidan perdón". Cada uno de ellos ingresa a la habitación "pidiendo su perdón", y el enfermo les contesta "que sea perdonado", aun cuando no pueda reconocerlos.

Si el difunto "tuvo promesa con la Virgen de Andacollo, se le coloca la camisa con los colores de la Virgen". El color de la camisa es rosa y lleva como adorno una cinta de color amarillo que bordea el cuello redondo y las mangas. Sobre ella se le pone la mortaja o su vestimenta. La mortaja se coloca directamente sobre el cuerpo, pues "si nacemos desnudos igual debemos volver". Esta última no debe ser cosida a máquina, y en lo posible no debe llevar costura. Lo viste cualquier persona, siempre que no sea de la familia.

En caso que se le coloque su vestimenta, se extraen los

botones y los cierres. También se deben sacar los tacos de los zapatos, pues no pueden llevar clavos ni otro objeto de metal como aros, collares y anillos. Esto es para que "el finado no desande la casa", pues la noche del día que lo sepultan y durante ocho noches más, el difunto regresa para "ordenar sus cosas". Por esta causa se les entierra con los pies orientados hacia la puerta del cementerio, para que "puedan salir y volver a su casa sin perderse".

Una vez que el enfermo ha muerto, se retuercen cuatro hebras de lana de oveja —dos negras o marrones y dos blancas— para hacer un cordón que se coloca sobre la mortaja o la vestimenta, y se anuda con una vuelta a la cintura. Una vez anudado quedan dos colas, una más larga que la otra, pero ambas deben pasar por los pies. En ellas se hacen cinco nudos "hechos al revés para que tengan el valor del sacramento". La más larga lleva tres nudos en la parte más cercana al final, y la más corta dos nudos en la sección próxima a la cintura. Los cinco nudos son los cinco padrenuestros del rosario "que es lo que necesita el alma para subir al cielo, como si fuera una escalera".

Las manos se le cruzan sobre el pecho y el pulgar de la mano derecha debe quedar parado como para hacer la señal de la cruz. El difunto es ubicado sobre una cama de madera, mientras se finaliza la construcción del cajón, que se apoyará sobre sillas. A los difuntos se les prenden cuatro velas.

El velatorio debe efectuarse en una habitación, de la cual se sacan todos los muebles, pero nunca en el patio. Además, no se abandona al difunto, es necesario que alguien esté constantemente con él, puesto que "en las 24 horas aún Dios no lo ha recibido, puede venir el diablo y llevarse el alma".

Con el objeto de que "los que acompañan al finado tengan fuerza", se mata un cordero o chivato para preparar la comida que consiste en sopa y guiso. Las personas que van a dar el pésame traen algo para colaborar con la familia —verdura, pan, yerba, azúcar, café—. Además se sirve mate, y a la madrugada, café y anís.

Antes de que se cumplan las 24 horas deben rezarse siete o nueve rosarios, la cantidad de rosarios deben ser "none". Si el difunto tiene un semblante de mejor aspecto que durante la enfermedad o está blando, significa que se llevará a alguien querido de su familia directa.

No debe llorarse al finado, pues el llanto intranquiliza al alma ya que no puede entrar en reposo. Quienes asisten al velatorio han de tocar al difunto "para que no los asuste".

Antes de llevarlo al sepulcro, los familiares —padre, hermanos, madre, hijos— se colocan a la derecha y le dan un beso en la frente. La tapa del cajón se clava en el cementerio y no en la casa, para evitar el dolor de los deudos. Una vez que se llevan al finado, se cierra la pieza donde se veló y no se limpia ni arregla la habitación durante nueve días "para darle tiempo de acomodar sus cosas".

Los viejos iglesiaños afirman que los difuntos deben ser sepultados en la tierra, puesto que "si la tierra los cría, que la tierra los coma". De otra manera "los huesos se vuelan y



penan". "Penar" es volver a la tierra de distinto modo: ruidos, luces o voces en diferentes lugares, especialmente donde dejaron algo valioso como monedas, clavos, apos. Los familiares deben ayudarlos a "no penar" mediante misas, velas u oraciones.

Después de los nueve días comienza el "novenario" en la pieza donde se realizó el velatorio. El "novenario" consiste en rezar un rosario durante nueve noches, con una dedicatoria previa.

Se sepulta al difunto con los pies orientados hacia la puerta del cementerio "para que no se pierdan durante los nueve días que requesan". En la tumba, detrás de la cruz, se hace un resguardo que sirve "para alumbrar una vela los días lunes, que es el día de las ánimas". Prender una vela los lunes es importante, porque es "como convidarles un mate, como hacerles un cariño". Sin embargo, no se lo puede "alumbrar" hasta que no haya transcurrido un año desde su muerte, ya que "un año es el tiempo que necesita el alma para arreglar sus cosas con Dios".

El "angelito" es el velatorio de niños que aún no caminan. Cuando el niño está muy enfermo, la madrina —"segunda madre"— y la madre deben bendecirlo. La madrina es quien le confecciona el ajuar que no debe ser cocido a máquina.

El vestidito o "tulcito" puede ser de tela o papel, de color blanco o celeste, con alitas de papel o cartón. El ruedo y las mangas se cortan en picos. En la cabeza se le coloca una coronita similar a la de la Virgen. Está construida con una banda de cartón que rodea el perímetro de la cabeza y una segunda, sostenida en la faja perimetral, que la atraviesa de adelante hacia atrás. La corona se adorna con flores. También se le ponen escarpines o zoquetes. Se le cruzan las manitas, se atan para que se sostengan, y se les pone la banderita argentina. Esta se colocará sobre el pecho del niño cuando se lo traslade al cajón en el momento de llevarlo al cementerio.

El "angelito" se vela sentado en una sillita baja y se lo sostiene atándolo a ella y acuniándolo con almohadas. La sillita se coloca sobre una mesa, se prenden dos velas y no se reza. Antiguamente, se cantaban zambas, cuecas y vidalás "al gusto de la gente" y se bailaba la danza de la "Virgen, nuestra madre de Andacollo" y se prestaba el "angelito" por horas. En la actualidad, esta costumbre se está perdiendo.

El "angelorio" es el velatorio de niños que caminan y jóvenes que aún no son adultos. Se respetan las mismas costumbres que se practican con los adultos, o como dicen los mismos iglesianos "se los coloca como a los finados", incluso se le prenden cuatro velas. Sin embargo, al igual que a los angelitos no se le coloca cordón y no se les reza.

Análisis e interpretación

Cuando analizamos todos los datos descriptivos de los usos y costumbres relacionados con la muerte, distinguimos

tres momentos siempre reiterados y diferenciados especialmente por los informantes. Ellos son: agonía, velatorio y sepultura, relacionados entre sí ya que configuran una serie ordenada cronológicamente; para que la serie quede concluida requiere el transcurso de un año.

Cada uno de los momentos indicados se refiere al enfermo-difunto, pero implica conductas específicas de los familiares y del grupo social, por lo que nos referiremos a ellos como secuencias.

Comenzaremos con el análisis de esta serie de secuencias, con la finalidad de incluir gradualmente los datos descriptivos.

Cuando el enfermo agoniza; la familia busca a una persona de edad avanzada de la comunidad para que "le ayude a bien morir". Esta, en completa soledad con el enfermo, le dice "las palabras redobladas". Son 13 números, cada uno de ellos se repite y a cada uno le corresponde un concepto. Así:

una: Virgen, madre de Jesús
dos: las Tablas de Moisés
tres: tres Marías
cuatro: los Evangelistas
cinco: las llagas de Cristo
seis: candelillas
siete: siete que brillan
ocho: gozos
nueve: coros
diez: Mandamientos
once: once mil Vírgenes
doce: los meses del año
trece: ese ("el diablo")

Observamos que cada número hace referencia a un complejo conceptual, más que a un concepto único, puesto que cada palabra que se reitera —que se "redobla"— es un número y al mismo tiempo tiene un significado simbólico explícito en la misma "letanía". Por ejemplo: "una: la que parió en Belén y murió pura". Esto indica que cada palabra tiene además una doble valencia significativa: por una parte el significado propio —uno es la cantidad, uno es uno— y por otra parte cada número tiene un significado simbólico.

El sentido simbólico es de naturaleza religiosa-cristiana, pues no sólo mencionan en forma directa las imágenes y espíritus cristianos: Virgen, Cristo, Espíritu Santo, ángeles, etcétera, sino también los principios que relacionan la vida humana con la vida religiosa: Tablas de Moisés, Evangelistas, Mandamientos, etcétera.

De este modo, el paso de la vida a la muerte requiere de este "símbolo religioso", las palabras redobladas, que conjuntamente con un miembro del grupo social, actúan como elemento mediador entre la vida y la muerte. (Ver esquema de la figura 1).

Los conceptos y la realidad "vida-muerte" son opuestos entre sí, por lo que para operar este trance, requiere de una

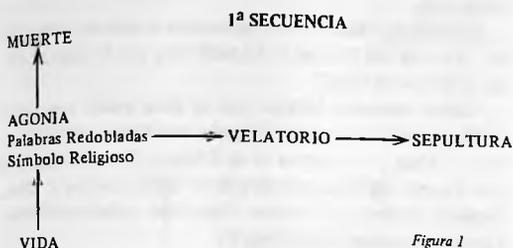


Figura 1

transformación y esta se concreta merced a un mediador: el símbolo religioso, manipulado por un integrante del mundo social.

La segunda secuencia es el “velatorio”. En la preparación, en el transcurso y posterior a él, los iglesianos respetan una serie de prescripciones. Veamos:

– Se coloca sobre la mortaja o vestimenta un cordón de lana de oveja con cinco nudos hechos al revés. Los 5 nudos son los 5 padrenuestros del rosario, que son los que necesita el alma para subir al cielo.

– Los difuntos deben ser sepultados en la tierra, pues “si la tierra los cría la tierra los coma”.

De estas conductas deducimos que una vez que el hombre muera, su integridad de hombre vivo queda escindida en dos partes: cuerpo y alma. Ambas tienen un destino diferente: el alma va al cielo y el cuerpo, a la tierra. Esta división se inicia en el momento de la muerte pero se concreta durante el velatorio ya que “tarda 24 horas en que Dios lo reciba”.

Las conductas cristalizadas, verdaderos “rituales”, tienen una significación religiosa: los nudos son los padrenuestros, se deben rezar siete o nueve rosarios en las 24 horas, la comida consiste en un cordero o cabrito, que se mata en ese momento (asociamos al cordero pascual inmolado en el momento en que Cristo expiró en la cruz, por lo que tiene un virtud expiatoria al rescatar por su sangre a los elegidos). (Ver figura 2).

También en esta secuencia aparece una oposición: cielo-tierra, sin embargo los rituales religiosos, manipulados por el grupo social no concilian los opuestos, y al contrario, su objetivo es favorecer la división, ya que aseguran que la escisión se concrete.

La tercera y última secuencia de la serie considera una conducta que deben realizar los deudos, después que haya transcurrido un año desde la muerte, puesto que “es el tiempo que necesita el alma para arreglar sus cosas con Dios”. Pasado ese tiempo,

– Se les alumbra una vela los días lunes que es el día de las ánimas.

Esto es importante, “es como convidarles un mate o hacerles un cariño”.

Esta conducta refleja la creencia de que la vela en la sepultura re-vive al difunto a través del recuerdo, e instauro su vigencia en el grupo familiar. La vela mediatiza un nuevo pasaje, pero a diferencia de la primera secuencia, en este caso se realiza de la muerte a la vida. Este es un símbolo mítico, como veremos más adelante. (Ver figura 3)

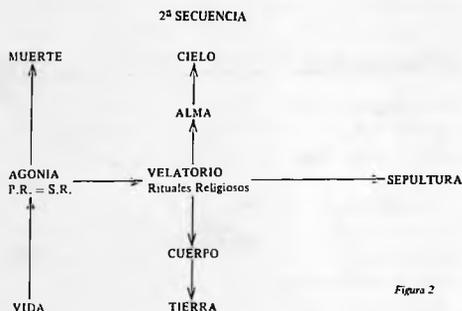


Figura 2

Entre dos conceptos y realidades opuestas, el trance se concreta utilizando un nuevo símbolo —la vela—, manipulado por el grupo familiar.

El significado de este símbolo es de naturaleza mítica. Para acceder a esta significación, transcribiremos el siguiente relato:⁴

“Era un hombre que se había hecho Compadre con Dios. El compadre le insistía a Dios que lo llevara con El para ver cómo era todo. Un día Dios lo llevó al compadre con El y le fue mostrando todo, dónde estaban los angelitos y cómo era todo allá.

El compadre vió muchas velas encendidas, unas grandes, largas, y otras más chicas. Le preguntó el compadre a Dios por las velas, y El le iba diciendo de quién era cada una, el nombre de las velas. En eso el compadre vió una vela chiquita, la más chiquita de todas, que ya se estaba por apagar, sólo quedaba el pabito, y le preguntó a Dios de quién era esa, y Dios le dijo que

3ª SECUENCIA

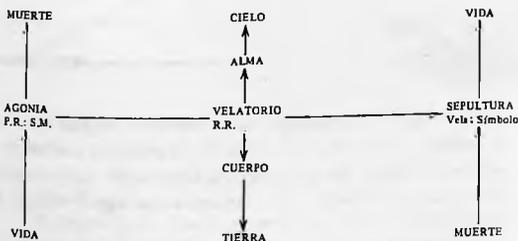


Figura 3



era de él, del compadre. Entonces el compadre dijo: "veéh, tan chiquita que está", la sopló y la apagó... y en ese mismo momento el compadre se murió".

Según este mito, la vela simboliza la vida del ser humano. Para evidenciar claramente esta significación deberemos recurrir a otros datos etnográficos, procedentes de un campo semántico diferente aunque relacionado: el nacimiento. En el momento del nacimiento, la persona "que acompaña" a la parturienta se encomienda a los santos y enciende una pulgada o "cuartillo" de vela, y cuando ésta se consume, el niño debe haber nacido. Es decir que cuando la vela se apaga en la tierra, nace el ser humano; y, según se deduce del mito, se enciende en el cielo.

El relato expresa que cuando una vela se apaga en el cielo, se produce la muerte del ser humano en la tierra. De este modo, comprobamos que la vida terrenal y la vida celestial configuran entre sí una imagen especular, es decir idéntica pero invertida. (Ver figura 4) Esto nos permite comprender porqué los nudos del cordón deben ser hechos "al revés", y por eso representan "una escalera para llegar a Dios".



Figura 5

De este modo el cosmos queda asegurado. La división del hombre producida por la muerte se puede realizar sin que la cultura se derrumbe, pues la imagen especular afirma lo uno como reflejo de la alteridad. Así la cultura se visualiza como un continuo que da seguridad, superando los límites temporales, pues la serie cronológica propuesta se cierra en un año, o como dicen las palabras redobladas, en 12 meses. Después sólo se abre una posibilidad: reiniciar el mismo transcurso temporal, que de esta forma se vuelve circular.

La circularidad se mueve desde el símbolo religioso al símbolo mítico, desde la letanía hacia el mito. La temporalidad se transforma en atemporalidad, por lo que ahora debemos llegar a la estructura atemporal.

Para esto vamos a volver al velatorio, cuyos rituales aseguran la división de la integridad humana. Para respetar la coherencia, señalamos las siguientes conductas:

Se le anuda a la cintura del difunto, un cordón de lana de oveja con 5 nudos hechos al revés que son los 5 padre-

nuestros del rosario. Son los que necesitaba el alma para subir al cielo.

Durante el velatorio no se abandona al difunto, pues "en las 24 horas aún Dios no lo ha recibido y puede venir el diablo y llevarse el alma".

Ambas creencias indican que el alma puede tener dos destinos opuestos: ascender al cielo, con Dios, o el diablo se roba el alma y el destino es el infierno. Esto nos muestra que a partir del velatorio no sólo se divide cuerpo y alma, también se divide el destino: Dios/cielo o diablo/infierno. Ellos son opuestos. (Ver figura 5)

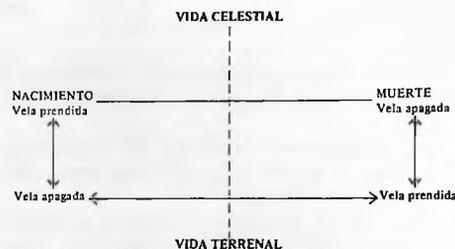


Figura 4

Con respecto al cuerpo, se menciona:

Los difuntos deben ser sepultados en la tierra, pues "si la tierra los cría, que la tierra los coma". De otro modo, "los huesos se vuelan y penan".

Al igual que el alma, el cuerpo también tiene dos destinos a partir del velatorio: el sepulcro o penar. "Penar" es volver a la tierra a través de distintas formas perceptibles: ruidos, luces, voz. Es decir, el difunto se hace presente en la tierra a través de sus partes, aparece una corporeidad desintegrada, a diferencia de la tumba que resguarda su integridad. Comprobamos así que "penar" es lo opuesto al sepulcro. (Ver figura 6)

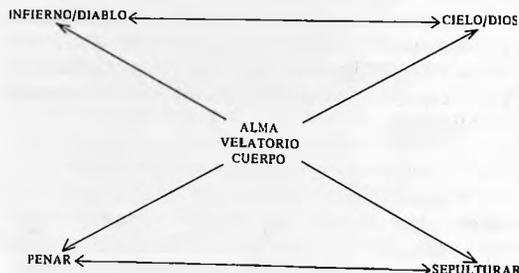


Figura 6

Si "penar" es desintegración y sepultura resguardo de la integridad, Dios que es el contrario de penar, es unidad, totalidad y diablo que es opuesto a Dios es descomposición. Así la atemporalidad se mueve entre dos ejes: unidad y parcialidad.

Llegados a este punto nos encontramos con una profunda contradicción imposible de revertir. Veamos, el hombre

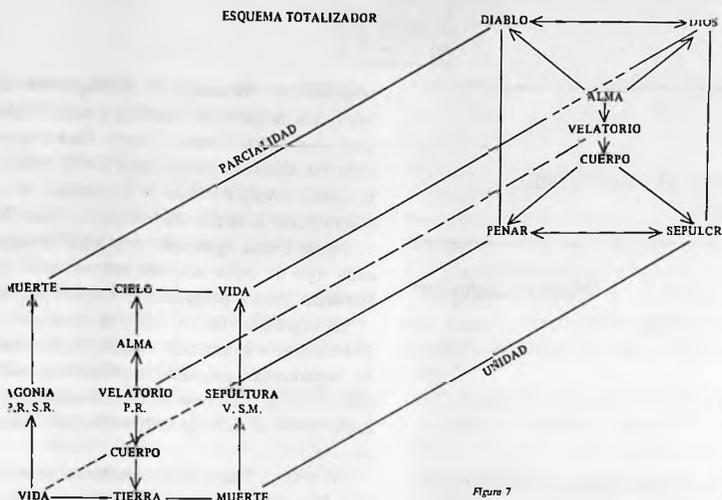


Figura 7

vida es una integridad de cuerpo y alma, la muerte se afirma como desintegradora de estas partes; el hombre es el sustento de la cultura como lo demuestra la importancia del mundo social como mediador o como impulsor de la escisión, por lo que si el hombre se escinde como consecuencia de su muerte, el continuo cultural se pierde y el hombre estaría condenado a un nuevo comienzo permanente.

Sin embargo, el estudio realizado nos indica que el hombre iglesiano transforma la desintegración, la parcialidad en una unidad.

Al iniciar el análisis estudiamos "las palabras redobladas" y llegamos a la significación: constituyen un símbolo religioso cristiano que opera como mediador entre los opuestos vida-muerte. Pero hay algo más, en esta sucesión numérica el significado de ciertos números es exclusivamente religioso, Virgen, llagas de Cristo, los dones del Espíritu Santo, los ángeles, etcétera. Estos son los números impares que constituyen una serie asociativa sobre la base de lo celestial-religioso. Esto se comprueba, además con ciertos datos, por ejemplo: el número de rosarios debe ser non.

Los números pares constituyen otra serie asociativa sobre la base de lo religioso en relación con la vida terrenal: Tablas de Moisés, Evangelistas, Mandamientos, etcétera. Sin embargo, al ordenarse sobre la base de la contigüidad se es-

tablece una perfecta alternancia entre par-impar, es decir entre lo humano y lo divino.

Es el orden social el que manipula esta alternancia, de allí que sea el mediador para asegurar el pasaje entre la vida y la muerte, o que asegura la ritualización durante el velatorio: así son cuatro hebras y cinco nudos, son cuatro velas y siete o nueve rosarios, e indican la formación de palabras: angelorio, novenario.

En este orden social destacan la familia y el padrino-madrina. Esta institución, el "compadrazgo", adquiere una significación relevante en el angelito y el angelorio, e incluso en el mito.

Podemos concluir que la transformación se opera mediante la perfecta alternancia entre lo par y lo impar, es decir entre lo humano y lo divino, y es el orden social quien manipula y concreta. De este modo, las instituciones sociales no sólo son mediadoras, sino también los celosos guardianes de la cultura.

La muerte no es el elemento desintegrador de la cultura. Por el contrario, ella muestra la perfecta unidad entre lo individual y lo social, entre lo religioso y lo mítico, entre lo temporal y lo eterno, entre lo humano y lo divino, y así instaura la tendencia salvadora del mundo, por eso, como dicen los iglesianos "no se debe llorar al difunto"...

Notas

¹ Se entrevistó a integrantes de distintas familias: Sra. Elbina de Bolado, Sra. Delfina Alfaro, Sra. Adita de Moneada, Sr. Bruno Espejo, Sra. Teoda de Cabello, Sra. Zoraida de Fonseca, Sra. Norma de Bolado, Sra. Margarita de Cortés, Sra. Lilia Salinas, Srta. Romualda Cortés.

² Quien conoce "las palabras redobladas" puede repetirlas asimismo en caso de grave peligro.

³ En un rincón y con un murmullo apenas audible, me las enseñó uno de los ancianos de la localidad. Hacía muy poco se las había enseñado únicamente a su hija mayor.